

*Este relato ha sido enviado por cuatro hermanos residentes en Madrid. Su padre, gran aficionado a la historia, investigó durante muchos años la participación de sus antepasados en diversos acontecimientos históricos. Sobre la base de los datos obtenidos, redactó un conjunto de narraciones que describen como su familia estuvo involucrada en buena parte de los hechos políticos y campañas militares de la Guerra de la Independencia.*

*El grado de parentesco entre los protagonistas de las narraciones y los hermanos que las han remitido aparecen mediante notas a pie de página distribuidas a lo largo del texto, igualmente figuran la bibliografía y las referencias de los diferentes archivos consultados.*

## **Asedio y huida de Hostalric**

Una vez conocida la noticia de que esa noche iba a abandonar el castillo de Hostalric e intentar cruzar las líneas ocupadas por los 8.000 franceses e italianos que lo asedian, el capitán de artillería Manuel de la Puente<sup>1</sup> sintió más aprecio por esa destrozada fortaleza donde se cobijaba, muerto de hambre y sed, desde hace más de tres meses. A lo largo de los últimos dos años venía participando en la lucha que el ejército español del Principado de Cataluña venía librando contra los invasores que ocupan parte de nuestra patria.

A sus veinticinco años de edad considera que esta siguiendo una prometedora carrera militar, iniciada en los tiempos en los que su padre le acompañó, desde Cádiz, hasta el puente levadizo del Alcázar de Segovia. Ahora, sin embargo, le es inevitable pensar que esa noche o mañana de madrugada, a lo más tardar, puede truncarse su trayectoria en el escalafón militar, y en la vida, por culpa de alguna bayoneta, sable o bala enemiga, que trunque con carácter definitivo y fulminante sus aspiraciones.

Durante los tres meses que ha permanecido encerrado entre estas cuatro paredes, ha aprendido que mas allá del hambre que pasó en la Academia Militar de Segovia, existen estados de privación mayores que no conducen, de forma inmediata, a la muerte, tal como demuestran experimentalmente el millar y dos centenares de hombres que sobreviven en Hostalric.

También ha sentido miedo, sentimiento que a veces se mezcla con la admiración, colmo de la deformación profesional, que siente por el comandante francés de artillería que bombardea continuamente las posiciones españolas con la mayor precisión que ha visto en la práctica de su vida militar. En los meses de asedio transcurridos ha conseguido hacer blanco en la fortaleza 4.800 veces.

Debido a esta endiablada puntería y a las enfermedades que se propagan entre la guarnición, se apiñan dentro de esta derruida fortaleza ochocientos hombres menos de los mas de dos millares que se aprestaban a defenderla en el mes de enero de este mismo año.

De todas formas antes de estar envuelto en este desesperado trance, ha vivido otros parecidos. Sin ir mas lejos, hace unos meses entró, escoltando un convoy, en la ciudad de Gerona, la cual se

---

<sup>1</sup> Abuelo sexto.

encontraba sitiada. Tres jornadas más tarde y después de aprovisionar la guarnición de la ciudad catalana, escaparon ante el asombro y desesperación de los franceses. Sin embargo, aquella no parece empresa especialmente difícil comparada con la que aguarda esta noche. Esta vez los 8.000 franceses e italianos que esperan, saben que en la fortaleza de Hostalric se ha acabado el agua y las esperanzas de recibir socorro, por lo que no dudan que los españoles intentarán escapar de una forma similar a la utilizada en Gerona.

Las tropas de Napoleón llevan también un trimestre aquí por culpa de la guarnición asediada, sufriendo bajas por las enfermedades y el fuego de los fusiles y los cañones de los defensores. Desde luego, no tendrán clemencia hacia esos obstinados españoles.

Partícipe de estos sentimientos es su comandante, el mariscal Augereau, dado que Napoleón le exige de forma apremiante que tome este castillo que tanto entorpece las comunicaciones con Francia. Siendo bien conocido como las gasta el Emperador cuando sus órdenes no se cumplen con la debida presteza, y si no que se lo digan al difunto almirante Villeneuve, jefe de la escuadra hispano-francesa en Trafalgar, que prefirió suicidarse antes que tener que entrevistarse con él para darle cuenta de sus errores.

La posesión de Hostalric era muy importante para mantener protegidas las comunicaciones con Francia, por ese motivo, ya en noviembre de 1809, las fuerzas francesas se presentaron delante de la villa con 7.000 hombres y 600 caballos. No obstante, el asalto fracasó gracias a la defensa de los batallones de Iberia y Gerona y a la artillería del castillo.

Desde los comienzos de la Guerra de la Independencia, el ejército español de Cataluña mantuvo en jaque continuo a las fuerzas francesas que intentaban imponer la autoridad del rey José en aquellas tierras. A pesar de haber sido batidas las tropas hispanas varias veces, tanto en asedios de ciudades como en campo abierto, a lo largo de los años que duró la guerra, los supervivientes conseguían siempre reagruparse y atender de nuevo contra el dominio francés, mediante brillantes acciones que convirtieron a la Península Ibérica en una de las mayores sangrías del imperialismo napoleónico.

A principios del año 1810, el mariscal Augereau, comandante en jefe de Cataluña, recibió nuevamente órdenes terminantes para que conquistase en el menor tiempo posible la plaza y el castillo de Hostalric, con objeto de dejar libres los caminos entre Barcelona, la recién conquistada Gerona y Francia.

La ciudad fortificada de Hostalric estaba defendida por 2.000 soldados de infantería regular del regimiento de Iberia, algunos miembros del tercio de Migueletes de Gerona y los artilleros que servían las cuarenta piezas de artillería allí instaladas. En el lado oeste de la población, y sobre un alto, se encontraba la fortaleza que protegía eficazmente la plaza con sus muros de sólida construcción, los fosos infranqueables y sus cañones.

El gobernador de Hostalric era el teniente coronel Julián Estrada, el cual había desoído ya, en varias ocasiones, las intimaciones francesas a la rendición.

El 13 de enero de 1810 la brigada francesa de Mazzuchelli, compuesta en su mayoría por tropas italianas, inició los trabajos de sitio. Cuatro días más tarde dicha fuerza se vio aumentada por el concurso de las brigadas Fontane y Palombini. El 18 de enero atacaron el arrabal y la villa de Hostalric, siendo contenidos ante el torreón de los Frailes por 25 migueletes del tercio de Gerona que resistieron hasta el día 20, cuando, muerto el capitán que les mandaba y colocadas por los napoleónicos varias minas, decidieron rendirse.

Tras esta capitulación, las fuerzas imperiales ocuparon íntegramente la villa de Hostalric e iniciaron el metódico bombardeo de la fortaleza, lugar donde se habían encerrado las tropas españolas decididas a resistir a toda costa.

A partir del 20 de febrero, la destrucción causada por la artillería se incrementó grandemente puesto que entró en funcionamiento una batería de morteros adiestrada por el comandante Clément, ingenioso inventor de algunos instrumentos de afinación de la artillería. En aquella jornada los franceses consiguieron hacer blanco más de ciento sesenta veces en el interior del recinto. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula al oír los gritos de entusiasmo de los defensores que, entre el ruido de las explosiones, afirmaban su inquebrantable voluntad de resistir hasta el fin.

Al día siguiente, los españoles vieron elevarse su moral cuando descubrieron que hasta el mismo pie del castillo se había aproximado una columna española de 700 hombres. Lamentablemente el aliento fue solo moral e instantáneo, ya que la citada columna hubo de retirarse inmediatamente ante el decidido ataque de las fuerzas sitiadoras.

Los morteros y los cañones prosiguieron su implacable bombardeo, habiéndose contabilizado, hacia el 27 de febrero, un millar de aciertos contra la fortaleza, con el consiguiente resultado de muertes españolas y destrucción.

Aprovechando una momentánea flojedad de las tropas sitiadoras, el ejército logró introducir unas cuarenta mulas cargadas de víveres en la muy castigada fortaleza de Hostalric. Pero tal éxito solo sirvió para cubrir las necesidades de la guarnición durante escasos días.

El mes de marzo y los primeros días de abril fueron muy negativos para los defensores, ya que la ausencia de víveres empezaba a ser absoluta, proseguía el persistente bombardeo y las fuerzas que les rodeaban se incrementaron hasta unos 8.000 hombres, lo cual convertía las posibilidades de ser socorridos en inexistentes.

La situación se hizo desesperada e irreversible en los inicios de abril como consecuencia de que los franceses lograron interceptar la fuente que surtía de agua al castillo, encontrándose además inutilizados por el bombardeo los aljibes. De tal forma, el hambre, que acompañaba a los heroicos defensores, se hermanó con la sed, convirtiendo en insostenible el mantenimiento de aquella posición.

En tales circunstancias, el capitán general de Cataluña, Enrique O'Donnell, consiguió hacer llegar un mensaje al gobernador Estrada aconsejándole que intentase huir junto con la guarnición, abandonando la fortaleza a su suerte.

Por aquellas fechas, concretamente el 11 de abril, uno de los ayudantes de Augereau transmitió a los defensores de Hostalric el siguiente mensaje:

*"Señor Gobernador. Os intimo a la rendición de vuestro castillo. Ya lo habéis defendido bastante para vuestra gloria y la de esa valiente guarnición. Sin duda, habréis perdido la esperanza de ser socorridos con víveres. Os ofrezco la misma capitulación que he concedido a Gerona; os doy dos horas para determinar. Si en ese término, no os entregáis, seréis pasados a cuchillo con toda la guarnición, sin excepción alguna".*

Es de imaginar la inquietud con la cual se recibió tal amenaza en el interior de aquel conjunto de piedras destrozadas, a las que nadie designaría ya con el nombre de fortaleza, y pobladas por los 1.200 supervivientes que habían soportado estoicamente durante aquellos meses el férreo aislamiento, las enfermedades, los bombardeos y las privaciones. Ante este panorama, el gobernador decidió escapar el día siguiente, 12 de abril de 1810, con las primeras sombras de la noche. Sin embargo, y con el objeto de confundir al enemigo, se dignó contestar la misiva del mariscal francés con la siguiente carta:

*"Señor Mariscal: Agradezco en nombre de esta guarnición la comparación que dignáis hacer de ella con la de la inmortal Gerona. Sin embargo, no admito vuestras proposiciones, pues no estoy en términos de rendirme. Julián Estrada".*

Llegó por fin la noche. Aquellos que iban a participar en la fuga estaban invadidos por sentimientos encontrados, por un lado la posibilidad de la libertad tentaba de forma extraordinaria, pero, por otra, les aterrizzaba la incertidumbre de la complicada fuga y la tristeza de dejar abandonados a su destino a tantos compañeros heridos y enfermos. La tropa estaba muy nerviosa, la confesión y la comunión de aquella tarde no podía hacerles olvidar la posibilidad de una muerte cercana, el dolor de las heridas o la desesperación del cautiverio. Muchos permanecían silenciosos en los lugares donde tantas veces habían dormido o se había resguardado, durante los bombardeos franceses, otros paseaban por el patio y, finalmente, los menos se despedían de sus camaradas heridos.

Manuel Miguel Mellado, interventor del hospital, repasaba con el comandante las instrucciones que éste le había dado para encubrir la huida todo el tiempo que fuera factible. Los heridos menos graves debían sustituir a los auténticos centinelas haciendo resonar el "alerta" con su cadencia habitual.

El gobernador convocó seguidamente a los oficiales. Se reunieron en la sala de su destartalada residencia. Una vez allí, impartió las

últimas órdenes y deseó suerte a todos en el trance que les aguardaba. Disimulando su temor, se despidieron estrechando manos a diestro y siniestro, citándose para el día siguiente en el pueblo de Sant Hilari Sacalm, donde podrían desayunar con sus compañeros del ejército de Cataluña.

Cuando los oficiales empezaron a salir al patio de armas de la fortaleza, centenares de ojos se volvieron hacia ellos, un escalofrío recorrió a los valientes defensores de Hostalric. Había llegado el momento de la verdad, iban a salir del castillo que les había protegido durante meses. Enfrente, les esperaban los fusiles y las bayonetas de las tropas imperiales.

Manuel de la Puente se encaminó hacia la empalizada del frente occidental de la fortaleza. En completo silencio se fueron aproximando la totalidad de los artilleros y soldados de infantería que iban a formar parte de la guerrilla bajo su mando. Eran 50 hombres los que, en compañía de otra guerrilla, integrada por el mismo número de soldados, tenían la misión de salir en primer lugar y eliminar los puestos de vigilancia del enemigo, cubriendo posteriormente los flancos de la columna durante la marcha nocturna.

Los artilleros echaron una última mirada en dirección a los cañones que habían utilizado aquellos cuatro meses. Esa misma tarde los habían inutilizado, ante la proximidad y certeza de su caída en poder del enemigo. A pesar de su condición de objetos inanimados, era triste separarse de ellos después de tantos afanes y desvelos en su cuidado.

Los jefes de las dos guerrillas sortearon el flanco a cubrir de la columna principal. Una sucia gorra artillera fue la depositaria de dos papeles conteniendo las palabras "derecha" e "izquierda". Una vez la suerte hubo emitido su dictamen, Manuel de la Puente comunicó a los soldados que les correspondía el lado derecho de la marcha. Mientras, una lastimosa guardia de soldados heridos subía a las almenas, sustituyendo con absoluta discreción a los centinelas.

Inmediatamente detrás de las dos guerrillas formaron las columnas de la vanguardia que, en número aproximado de 800 hombres, iban a ser mandadas por el teniente coronel López Baños. Al fondo del patio se preparaban las cuatro centenas de soldados escogidos que integrarían la retaguardia. El gobernador Estrada había elegido la dirección de ésta por considerar que su posición iba a ser la más arriesgada.

A las diez de la noche todo estaba dispuesto, 1.200 hombres vestidos con uniformes pardos, que en tiempos mejores habían sido de brillantes colores, esperaban la orden de partir. El capellán impartió su bendición, una leve genuflexión y la señal de la Cruz recorrieron las filas, la evasión se iniciaba.

Las guerrillas saltaron la empalizada exterior medio derruida. La resplandeciente luna iluminaba el campo en su derredor. De momento, el enemigo no aparecía ante su vista. Echaron a correr bajando las empinadas cuestas de la zona norte de la fortaleza, hasta penetrar en las abandonadas huertas que rodeaban la villa de Hostalric. Sonó un

disparo a veinticinco metros delante de la guerrilla, un humo blanquecino denunciaba el punto de donde había partido. A toda velocidad se lanzaron hacia allí. Dos figuras huían velozmente en dirección opuesta. Una de ellas tropezó, siendo rápidamente ensartada por dos bayonetas. Un amargo quejido indicó que aquel hombre no era ya peligroso. El otro soldado derivó hacia la izquierda, chillando en italiano como un loco. Un fuerte golpe en la cabeza puso punto final a su huida.

Cruzaron un seto, detrás de él varias figuras se movían con rapidez despojándose de sus gruesos capotes de dormir y encaminándose hacia sus armas dispuestas en pabellones. Sólo tres soldados consiguieron disparar. Sus fognazos iluminaron la noche. Se inició una feroz lucha a bayonetazos. Los franceses e italianos resistieron bravamente, pero el número de componentes de la guerrilla española y la sorpresa los doblegaron. No hubo cuartel, murieron los veinte hombres que ocupaban aquel puesto.

El comandante había sido tajante en sus mandatos, no se debían dejar supervivientes, llevar prisioneros y disparar en los primeros momentos de la fuga. En consecuencia, un sargento y dos soldados remataron los cuerpos caídos en aplicación estricta de las órdenes.

La guerrilla siguió avanzando mientras muchos hombres se quejaban amargamente de la imposibilidad de seguir aquel ritmo de marcha, ya que, no en vano, habían pasado tres meses de grandes privaciones. Cuando llevaban recorridos unos dos mil metros, la vanguardia les alcanzó y se desplazaron al flanco derecho para cubrir el avance de la columna principal de posibles sorpresas.

En el momento en que ya parecía que la sorpresa causada a los franceses había sido total y que se iba conseguir escapar, se escuchó un nutrido fuego de fusilería que provenía de las inmediaciones del castillo, probablemente en torno a la ermita de San Jacinto. Sin duda fuerzas francesas importantes estaban atacando a la retaguardia.

Siguiendo el plan preestablecido, la vanguardia llegó al poco tiempo a la ribera de San Jacinto. Allí, el guía confirmó que se debía seguir su curso con objeto de alcanzar el ansiado destino. Durante muchos kilómetros avanzaron las dos guerrillas cubriendo las alturas de la ribera mientras el grueso de la vanguardia proseguía en torno al seco cauce. Muchos soldados no pudieron continuar la huida y fueron quedando tendidos y extenuados esperando reponer fuerzas hasta la llegada de la retaguardia. Pero, las fuerzas del gobernador seguían luchando intermitentemente y avanzando con excesiva lentitud.

Recorrida una legua, se divisó desde la vanguardia un muro de piedra de los que separan las tierras pertenecientes a varias masías. Éste cruzaba perpendicularmente el cauce de la ribera de San Jacinto, si bien en su parte baja se abría para dejar pasar las aguas y sus posibles crecidas. Una descarga cerrada inundó las filas españolas de muerte y desconcierto. El muro se pobló de centenares de blanca nubecillas. Los soldados vacilaron, sin embargo y tras algunos instantes de incertidumbre, los defensores de Hostalric se dieron cuenta que su única posibilidad de salvación era arrasar la posición francesa.

Como un solo hombre y con la bandera que había ondeado en la torre mayor del castillo en cabeza, las tropas corrieron con la bayoneta calada hacia sus enemigos. El choque que se produjo sobre el muro fue brutal. Los sitiadores, soldados veteranos y entrenados, resistieron valerosamente, pero los españoles, presas de la desesperación y haciendo uso de bayonetas, culatas y espadas, escalaron el muro y diezmaron la posición enemiga, cuyos supervivientes se retiraron ordenadamente. Un centenar de cuerpos regaron con su sangre la ribera de San Jacinto.

Tres compañías iniciaron la persecución de los franceses con objeto de impedir su reorganización, mientras el resto de la vanguardia, tras unos breves minutos de descanso, continuaba su camino.

Aquellas tres compañías recibieron la orden de reunirse con el grueso de la vanguardia en el plazo de dos horas, sin embargo, el guía, que conocía la zona solamente de oídas, equivocó la dirección de la marcha encaminándose a Sant Feliu de Boixalleu, donde tropezaron con el sexto regimiento italiano. Después de una temeraria resistencia y casi exterminados, hubieron de rendirse.

Mientras el resto de la vanguardia proseguía el avance, la retaguardia consiguió despegarse de una primera columna francesa que había iniciado su persecución partiendo de la ermita de San Jacinto. No obstante, otras varias unidades enemigas, procedentes de Massana, Grions y de Arbucies, se dispusieron a cortarles el paso. Tras muchas horas de huida y totalmente separados del camino previsto, se enfrentaron a las cuatro columnas enemigas que sobre ellos convergieron. Julián Estrada dispuso sus tropas en derredor de una masía semiderruida que encontró en su avance. Sus soldados formaron un deshilvanado cuadro, con la férrea decisión de morir allí cubriendo la retirada del resto de la guarnición de Hostalric. Los franceses atacaron con decisión por los cuatro costados, pero no consiguieron entrar en el interior de la posición española, defendida por certeras descargas. Algún tiempo después, el cansancio y la falta de municiones hizo mella en los defensores que no pudieron impedir la progresión de las fuerzas enemigas. Tras dos horas de lucha y cuando los franceses iban a asaltar el interior de la masía, donde los últimos españoles les esperaban dispuestos a morir, Julián Estrada ordenó la rendición de sus hombres. El jefe español, gravemente herido, sabía que su resistencia había retardado de forma suficiente al enemigo, haciendo imposible que fueran alcanzadas las tropas de la vanguardia, por lo que su sacrificio resultaba ya inútil.

Después de una noche entera de luchas, carreras y desesperación, habiendo perdido cualquier similitud con un cuerpo militar organizado, los supervivientes de Hostalric llegaron a Sant Hilari con las primeras luces de la mañana del 13 de abril. El recibimiento que les dispensaron las tropas españolas, allí estacionadas, fue clamoroso.

En vano aguardaron, durante horas, la llegada de la retaguardia. Varios grupos dispersos que fueron apareciendo dieron noticias de la suerte que habían corrido las diversas unidades que huían de Hostalric,

motivo por el cual se perdió absolutamente la esperanza de que alcanzaran Sant Hilari las fuerzas que mandaba el gobernador Estrada.

El día siguiente se dirigieron a Vic, donde siguieron llegando, para gran alegría de todos, compañeros perdidos durante la noche del 12 de mayo.

Finalmente los setecientos supervivientes del asedio de Hostalric se presentaron ante el capitán general O'Donnell que, muy satisfecho por su hazaña, les concedió el uso de una medalla de oro, donde figuraba un castillo y el lema: "Valor y Fidelidad Constante".

Esa misma jornada se conocieron los avatares sufridos por los camaradas heridos que quedaron en Hostalric encubriendo la retirada. El interventor del hospital logró hacer pensar a los franceses que las tropas defensoras permanecían en el interior de la fortaleza hasta las once de la noche. A esa hora, y debido a los tiroteos que se escuchaban por doquier, fue evidente para el mando francés, que el grueso de la guarnición de Hostalric había huido. Por todo ello se aprestaron 2.000 hombres para tomar la fortaleza al asalto.

Manuel Miguel Mellado, buen negociador, consiguió evitar el trance, convenciendo al jefe francés de las desgracias que podían ocurrir entre los desvalidos y enfermos defensores de Hostalric, si los italianos y franceses penetraban aquella misma noche a sangre y fuego. Convencido el francés, al amanecer del día siguiente entró en la fortaleza el general Mazzuquelli, haciéndose cargo de los cuarenta cañones abandonadas y de los cien enfermos y heridos graves que quedaban entre aquellos derruidos muros.

Habiendo salido bien librado de esta aventura, Manuel de la Puente continuó inmediatamente sus combates contra los franceses.